

Aláide: veinte años

Las palabras

I

UNA infancia
nutrida de silencio,
una juventud
sembrada de adioses,
una vida
que engendra ausencias.
Sólo de las palabras
espero
la última presencia.

* * * * *

IV

TEMO las palabras
porque lastiman con su roce
lo que es apenas nacimiento,
temo que destruyan
sentimientos intactos.
Dura corteza
para la poesía
pesada máscara
sobre su rostro claro.
Ay, quién pudiera
volverse música
y rasgar el aire
sin esfuerzo...



Alaide Foppa

Naufragios

Naufragar creí en mi pena
muchas veces,
mas si una ola me hundía,
otra en intacta playa
me dejaba.

Y mi piel siempre quiso
hollar de nuevo
la dulce arena.

Pero estoy cansada:
un reposo marino
es hoy mi sueño,
un último naufragio
que me deje dormida
en el lecho profundo
de un perdido reino,
y así recordar la vida,
lejana y desprendida,
desde seguro asilo.



Bella fue la vida,
coronada
de sangrientas rosas.

Mas cada rosa llevaba
su muerte en el corazón.

Por eso sueño
inmóvil florecimiento
de perennes corales.

Alaide Foppa

CONOCÍ A ALAÍDE Foppa en 1974, en una reunión de feministas donde se discutía ásperamente en torno al Programa Oficial de México para la Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas que se iba a realizar en 1975. Ella y sus compañeras de *Tribuna y Acción para la Mujer* (TYAM) habían decidido participar; nosotras, en el *Movimiento de Liberación de la Mujer* (MLM), pensábamos que no había que hacerlo. Recuerdo la dureza con la que juzgué: me pareció una señora burguesa, con buenas intenciones, pero políticamente despistada.

Un año y varios meses después, encontré a Margarita García Flores en una conferencia sobre publicaciones feministas que pronunció en la librería El Juglar de Germán Dehesa. A diferencia de Alaíde, con ella sentí una inmediata afinidad. Margarita no era burguesa y con su agudo sentido del humor hacía una crítica constante a todo. Al terminar el evento nos quedamos charlando y me invitó a colaborar en una revista que ella y una amiga estaban organizando. Me citó, sin más preámbulo, para el siguiente jueves en casa de Alaíde.



Cuando llegué puntualmente a las cinco sólo estaban Alaíde y Elena Poniatowska. Alaíde, que resintió que Margarita me hubiera invitado a formar parte de la revista sin haberlo discutido con ella, se mostró seca conmigo. No era para menos. Luego supe, por ella misma, que había sido mi estilo agresivo y no la diferencia de opinión lo que la había molestado de aquella discusión en 74. Elena, como para compensar la desusada dureza de Alaíde, fue extraordinariamente gentil conmigo. Como a todo mundo, me sorprendió su sencillez, aunque me asombró cómo se desentendía del feminismo. "A mí no me pregunten, yo no sé, yo sólo estoy aquí porque quiero a Margarita y a Alaíde."

Poco a poco llegaron las demás: Carmen Lugo, Lourdes Arizpe, Alba Guzmán, Elena Urrutia y, al final, la propia Margarita. Sólo faltaban Marga Peña y Beth Miller. Alaíde, solícita, servía té inglés, café de Guatemala y un pastel exquisito. Las demás proponían artículos, comentaban sucesos y chismeaban entre ellas. EL ambiente era muy distinto a las reuniones del MLM, donde además de discusiones políticas lo personal estallaba en alegrías y dolores. Allí en la hermosa casa de la calle de Hortensias, entre sonrisas, Alaíde y sus amigas discutían con voz pausada el contenido de la que, en 1976, sería la primera revista feminista de América Latina.

Marta Lamas

Alaide:

Veinte años son ya de tu última partida. Tal vez si alguno de nosotros hubiera podido anticipar que nunca volverías, habría dicho mucho más en aquella despedida. Yo, por mi parte, he crecido llena de interrogantes, la más definitiva: ¿cómo sería nuestra relación si hoy estuvieras entre nosotros? Adivino que sin darme cuenta o proponérmelo he seguido tus pasos, leo tus letras y mi corazón se sorprende al reflejarse en el latido de tus versos. Al mismo tiempo, mi manera peculiar de ver el mundo y hacer mi propia vida me separan de tus cánones y formas, no sé si te fascinarías con mi audacia, mi independencia intelectual, mi orgullo ético y la libertad de mi deseo, o si reprocharías en mí la inmadurez de una yegua desbocada.

Desde donde estés te preguntarás acerca de los tuyos. Ha sido largo y difícil el camino andado para sobrevivir a ti, a Alfonso, a Mario y a Juan Pablo, para sobrevivir a la pérdida radical de una vida irrepetible y renacer desde la orfandad que ustedes dejaron. Fue sólo en soledad que cada uno de nosotros sanó la herida desgarrada de tu violenta y prematura muerte. Hoy al fin, estamos bien, lo inconsolable dejó de ser parte de nuestras vidas y cada vida ha escogido su propia guerrilla. Hoy estarías enormemente orgullosa de tus hijos, Julio, Laura, Silvia, en tu nuera Sara y tu yerno César tendrías dos buenos amigos, y gozarías de la dicha de ver fuertes y felices a tus nietos, Luis y Bianca, su esposa, Mariana, Santiago, Julieta, Juan Francisco, Pablo, Fernando, Rafael, Juan José, Alaíde y Emiliano. Hoy al fin, estamos cerca y, más allá de las distancias territoriales, las diferencias y malentendidos propios de toda buena familia que se considere como tal, creo que estamos más cerca y mejor que durante estos veinte años. Probablemente esto te llene de paz.



La alegría

RÍE EN EL aire claro
como doncella vestida de
fiesta,
mas rara vez la pude ver.

Ay, quién pudiera
reconocer su paso,
tenderle los brazos
y encerrarla en el alma
para siempre...
¿O podré hallarte, acaso,
misteriosa fuente,
escondida
en mi mismo corazón?



No es loca risa
es desgarrada boca,
es perenne sonrisa
que adentro se ilumina,
es limpia llama
que de alma a alma se
prende,
es un brillo en los ojos
que no se apaga,
es un nacer de alas
ante ventana abierta
y es la lluvia dorada
que tu mano derrama
donde se posa.

*Querido gran papá de
Marta mucha felicidad
de gran felicidad y
un beso.
Marta*

Alaide Foppa

Juan Pablo era el más chiquito, era también el más débil. A todo el mundo le daba mucha ternura, era muy dulce, muy bueno, cariñoso. Lo mataron en junio de 1980. Esa muerte cambió la vida de mamá y la de todos nosotros.

Hace ya veinte años de todo esto...

A mí me ha costado mucho poder vivir con este dolor. Para sobrevivir tuve que enterrar simbólicamente a mi madre: junto con mis hijos y algunas amigas muy cercanas elegimos un pañuelo y una foto de mamá y los quemamos. Viajé con esas cenizas dentro de una cajita a Guatemala, como antes había viajado con las cenizas del cuerpo de papá. Quise enterrar a "mi" Alaíde en la cripta familiar, pero estaba cerrada, así que hice un hoyito en la tierra y ahí la dejé. Esto fue hace pocos años. Sólo así siento que pude al fin descansar.

Laura Solórzano Foppa



enero de 1949. De regreso a Guatemala nacieron los dos menores: Silvia, el 2 de diciembre de 1951 y Juan Pablo el 8 de noviembre de 1952.

Después de la caída de Arévalo, la familia completa se exilia en México, y aquí vivimos, aquí estudiamos, aquí desarrolló mi madre su vida profesional...

Fuimos cinco hermanos. Alaíde lo escribe en un poema: "Cinco hijos tengo". Dos de ellos, Mario y Juan Pablo, fueron asesinados por formar parte del movimiento guerrillero guatemalteco.

Cuando éramos chicos, Mario siempre estaba inventando excursiones, cacerías; era un niño de acción. Después fue el hermano



intelectual, el que leía todo, pero de chico era sobre todo de acción. Era callado y de una inteligencia fantástica, analítica, incisiva. A pesar de que era más bien silencioso e introvertido, tenía una relación muy cercana con Julio, que era todo lo contrario; simpático, extrovertido. Eran muy unidos, muy compinches.

La muerte de Mario, en junio de 1981, es quizás la que me resulta más inexplicable de todas. Lo veíamos como a una especie de Superman al que nada podía pasarle; en realidad sentíamos que él nos cuidaba, nos protegía. Cuando ya habían asumido su compromiso con la guerrilla, del que estaba especialmente pendiente era de Juan Pablo.



Mis hijos (fragmentos)

CINCO HIJOS TENGO: cinco,
como los dedos de mi mano,
como mis cinco sentidos,
como las cinco llagas.

Son míos
y no son míos:
cada día
soy más de ellos,
y ellos,
menos míos.

(...)

Sangre, amor y tiempo,
de mi vida les di.
Mas no me dejó desnuda
la inagotable entrega

por sí misma nutrida:
entera me daría,
cada día,
por cada uno de ellos,
y entera y florecida
quedaría.

Cinco hijos tengo,
cinco caminos abiertos,
cinco juventudes,
cinco florecimientos.
Y aunque llueve el dolor
de cinco heridas
y la amenaza
de cinco muertes,
crece mi vida
todos los días.

Alaide Foppa

YO VOLVÍ A vivir a Guatemala hace dos años y pico, gradualmente voy recuperando recuerdos de infancia, recuerdos de los periodos de vacaciones que cada año disfrutábamos aquí. Cada año celebrábamos las fiestas navideñas en Hortensias 54 y el 26 de diciembre viajábamos a Guatemala durante un mes adonde estaban las abuelas, los primos, el dentista, la finca, los volcanes y los paseos que siempre nos preparaba la abuela materna y que nos permitieron recorrer muchos lugares bellísimos de este país.

Heredé de mi abuela y de mi madre el amor a los volcanes. Todos los días los busco y ahora los disfruto como ellas lo hicieron. Mamá aprovechaba la estancia en San Sebastián, la finca cafetalera al pie de los volcanes, para trabajar "en sus cosas". Estoy convencida de que mucha de su poesía de los años sesenta y setenta nació o fue pulida al pie de los Volcanes de Fuego y Acatenango y viendo en frente la majestuosidad del Volcán de Agua.

La Ciudad de Antigua, Guatemala también se me ha ido metiendo en los huesos. Mamá siempre decía que ella en algún momento de su vida se trasladaría a vivir a la Antigua, en las faldas del Volcán de Agua, que era el lugar ideal para escribir.

Mamá vivió pocos años en Guatemala. Los de su generación, al igual que ella, salieron al exilio y muchos de ellos fue en México en donde desarrollaron su obra. Después viene el largo periodo de obscuridad, represión, voces silenciadas, intelectos asesinados. Heroicos los pocos que pudieron sobrevivir produciendo arte, literatura o periodismo.

Han pasado tres años después de la Firma de Paz en Guatemala, todavía un periodo corto para la reconstrucción del tejido social y de la memoria histórica y todos debemos contribuir a ello, dentro de la vorágine de la vida actual, de la lucha por la sobrevivencia y en medio de la constante violencia y delincuencia que inhibe y amedrenta.

En Guatemala tenemos mucho por construir y reconstruir, entre ello la imagen y la obra de Alaíde Foppa.

Silvia Solórzano Foppa

YO VOY a hablar de la mamá real no de la mítica. Para mí, Alaíde no es la heroína revolucionaria, no es la militante feminista...; para mí, Alaíde, además de ser mi madre, es una mujer cuyo humanismo y sensibilidad, cuya pasión por las letras, la acercaron a esos temas con los que comprometió su vida: el feminismo, la revolución.

A veces pienso —quizás lo he pensado para sentirme acompañada estos últimos veinte años— que mamá de cierto modo eligió su fin. La muerte de Juan Pablo, su hijo más pequeño, en junio de 1980, quien se había unido a la lucha de la guerrilla guatemalteca, y a los pocos meses la muerte de papá —en agosto del 80— la llevaron a sentir que tenía que tomar la posta del compromiso familiar. O algo así; es tan difícil saber por qué alguien actúa de una forma y no de otra; pero yo sí creo que ella sintió que tenía que continuar esa lucha, y tomó el riesgo sabiendo que ponía en juego su vida. Desde muy joven, la situación de Guatemala estuvo entre sus principales preocupaciones. En este aspecto, el de la lucha revolucionaria, estuvo muy marcada por mi papá, Alfonso Solórzano, fundador del Partido Guatemalteco del Trabajo y un hombre absolutamente comprometido con la lucha de su país. Nosotros, los hermanos, hubiéramos sido muy diferentes si no hubiéramos sido producto de los dos.

Por otra parte, en la poesía de Alaíde la muerte es algo que está presente permanentemente: la pide, la añora, la desea. Para ella, la muerte fue, en este sentido, algo siempre cercano; una salida a la que se invoca en momentos de tristeza, de desesperación.

Mamá, Alaíde Foppa Falla, nació en Barcelona el 3 de diciembre de 1914. Su padre, Tito Livio Foppa, era argentino y vino como periodista a México durante la Revolución. Como era un hombre de derecha, el movimiento revolucionario triunfante lo echa y él va a Guatemala. Allí conoce a doña Julia Falla, una joven de la burguesía guatemalteca, concertista de piano; se casan y a él lo envían a Europa como cónsul de la Argentina. Tuvieron una sola hija: Alaíde. Ella volvió a vivir a Guatemala cuando tenía alrededor de 30 años, un doctorado en Letras que había estudiado en Italia, y una pasión enorme por las humanidades, por el conocimiento, por el arte, por la cultura.

Mis padres se casaron en México donde Alfonso Solórzano estaba ya exiliado. Aquí nació mi hermano mayor, Julio, en noviembre de 1945. Ese mismo año, envían a mi padre como cónsul a París, donde nació Mario, el 3 de febrero de 1947 y nació yo, Laura, el 4 de



El mundo ha cambiado tanto que no imagino tu lugar en él. Aun así, la utopía no se ha cumplido, y entre humanos no hemos aprendido a construir un lugar pleno para el vivir de todos. Todavía la injusticia es lenguaje cotidiano, la barbarie y el dogmatismo siguen ganando las más de las batallas y el amor no ha superado los terrenos del poder para existir.

En medio de todo esto y bajo una perspectiva más mesurada, nada ha sido en vano, es preciso reconocer cuán mejor se puede ser y crecer en un presente y un futuro dotado de infinitas posibilidades, el individuo hoy se sabe más libre, su voluntad basta para emprender los más inciertos recorridos. Y vemos desfilar ante nuestros ojos la mutiplicidad de la diferencia, sin por ello comulgar con todo lo que esta diversidad nos ofrece.

Lamentablemente, todavía cobardes, sólo de las palabras (y los números) esperamos la última presencia.

Mariana Lojo Solórzano

CUANDO MAMÁ MURIÓ me cerré por el dolor que me causaba y sólo ahora que vamos a hacer la demanda al gobierno de Guatemala puedo hablar de ella. Entre a psicoanálisis, tengo todos sus libros y papeles, no he tocado nada, es muy complicado y doloroso. Lo de la demanda tiene el sentido de un familiar de una víctima de la represión que puede ayudar a que se sepa lo que pasó en Guatemala. Hay una posibilidad remota de justicia.

Con pena empecé a pensar en mamá, vi gente destruida por sus pérdidas y yo no quiero ese ciclo para mí. Soy alcohólico desde el 84 y lo dejé por mis ganas de vivir.

Pensar en mamá es más una relación con la muerte que con la vida de Alaide, es un dolor intenso y fatal y no hay para dónde hacerse. El día de su muerte me enteré que era hijo de Juan José Arévalo; lo procesé hasta que dejé de beber. Tengo una ambivalencia con mamá, no fue correcto que no me dijera, tenía derecho a saberlo. Fue fantástico tener hermanos. Cada quien maneja las cosas como puede, yo lo pospuse. Ahora me siento capaz de hacerlo, tengo seis hijos de tres matrimonios, adoro a mi mujer, ella me ha estimulado mucho al reencuentro con mi familia, tengo una hija a la que le puse Alaide, fue sugerencia de Laura, a mí me parecía una carga enorme, después ya me gustó. Yo estuve internado mucho tiempo, sumé día por día hasta contar siete años que pasé con ellos. Tuve una madre lejana y distante. A Alfonso le tengo un gran respeto, él fue lo más cercano a una figura paterna.

Mi mamá es una figura pública y sobre todo en las circunstancias fue una de cientos de víctimas.

Mi vinculación con Alaide es el juicio a los militares, no van a devolver a nadie, pero puede impedir que eso se repita.



Julio Solórzano Foppa

En diciembre próximo se cumplen veinte años de la desaparición de Alaíde Foppa, de su brutal asesinato a manos de las fuerzas represivas de Guatemala. Como un homenaje a esta mujer entrañable —excepcional por su calidad humana, por su generosidad, por su capacidad y compromiso— armamos estas páginas con las voces de algunas de las personas que la conocieron: sus hijas, Laura y Silvia, su hijo Julio, una de sus nietas, Mariana, Marta Lamas que fuera amiga muy cercana de Alaíde y cómplice de proyectos y utopías.

A todos ellos queremos agradecerles que nos hayan regalado sus palabras. A la familia Solórzano Foppa le damos las gracias también por las fotografías. Sabemos que la memoria es aquello que construimos entre todos, por eso quisimos que fuera éste un relato colectivo. En un momento en que parecen cobrar fuerza en la historia los traficantes del olvido, recordamos una frase de Kundera: "La lucha de los seres humanos contra el poder, es la lucha de la memoria contra el olvido".

Lucero González, Sandra Lorenzano